

11 de agosto.

Te escribo hoy porque hoy me esperan. Ahora me confío a la puntualidad del correo. Tengo que contestar dos cartas tuyas, las dos muy amables y buenas.

No me has dicho si, conforme a mi carta, la carta tuya que profanarau llegó a mis manos completa. No tengo nada que perdonarte. El hecho de que abriera la carta en mi presencia el director, no tiene importancia. El director es mas que tal un amigo y es una de las personas que me tienen mas cariño y consideración.

Voy constantemente al correo para pedir tus cartas. Todo los dias hago un telegrama para un periódico de provincias, de modo que me es muy fácil hacer una visita diaria al correo.

¿Por qué me dices eso de que mis cartas son mas pensadas que sentidas? Explicame lo bien claro y con mucha profusion de detalles porque no acepto la afirmación. Siempre he tenido el concepto de que soy antes que nada un escritor sentimental. Ya pesar de mi empucción de que en este siglo es imperioso gobernarnos con el cerebro, yo tengo todavía el romanticismo de gobernarme con el corazón.

¿Por qué me dices sean políticas? Yo no hago política sino en unos cotidianos párrafos

llamados Voces y la hago por cierto con
escaso gusto y hasta desapego. Tu ignoras
lo grave y tautipático que es esto de escribir por
obligación. Ahora que si yo no tuviera obli-
gación de escribir, soy en tal forma perezoso
que casi nunca escribiría.

Huiero que me revelas eso importante.
A ver. No lo postergues. Porque si que cuando
conversemos, va a ser tanto lo que tengamos que
decirnos que nos vamos a decir nada.

No es cierto que mi voluntad inter venga
en la aparición del libro al cual te refieres. Si
interviniese, creí que la ejercitaría en el sentido
de impedir que esa aparición se realizase. Aun-
quiendo la literatura para querer que la siga ofen-
diendo un mal dilettantismo. En Perú Cauceña
hubo época que mi consejo y amistad influyeron. he-
yo se encontró descal e inconsecuente y como
no es cosa de tolerar a los malos escritores cuando
son también malos amigos, prescindi de su trato. Hoy
estamos "de etiqueta."

Ve, pues, que estás mal informa-
da. Y siendo esta cosa es, curioso sería saber
todas las otras mentiras que sobre mí te hayan
dicho. Porque yo sé, muy bien, que de mí dicen
innumerables mentiras. Algo daría por que la gente
me dejase vivir, sin preocuparse de mí.

A la verdad que ya me cansa eso de que la gente que me conoce y aun la que no me conoce, diga si yo hago esto, si yo hago lo otro, si yo voy al teatro, si yo no voy al teatro, si yo soy de esta manera, si yo pienso en tal cosa. Es muy mortificante. Me pesa más cuando la suposición es infundada como esa de mi autoridad en un joven escritor y de mi influjo en sus ensayos.

Escribí tu suelta. Solo que el cajista no entendió el nombre y lo puso a su capricho. Pediré que lo pongan también en La Prensa. Es muy corta para pedir una foto.

No te podrás quejar. Te he escrito muy largo. En mi vida no hay casi precedente de una carta mía extensa, a menos que se trate de las dirigidas a mi amigo X, que llevan al mismo tiempo un obligación de escribir un artículo.

Quiero a Roman. Me han hablado bien de él. Escríbele largo también. Tanto como puedas. Tan-
tas veces como te sea posible. Con profusión de temas. Y cree que te recuerdo muchos. Cree también que mis cartas son más sentidas que pensadas... A menos que tu me demuestres lo contrario, como supongo que lo intentarás. Y digo intentarás porque se que no vas a lograrlo

Man